

Nápoles, de Madrid y de Turin. Mr. el duque de Laval, en la correspondencia que sostuvo conmigo en 1823, retrató el personal del Sacro Colegio, compuesto hoy casi de los mismos cardenales. Puede verse su despacho núm. 5 y el que le es adjunto, así como los números 34, 35, 70 y 82. Hay también en el archivo del ministerio algunas notas recibidas por otro conducto. Estos retratos biográficos, con frecuencia caprichosos, entretienen, pero no prueban nada. Las intrigas de las mujeres, los manejos de los embajadores y el poder de las córtes no son ya bastantes para nombrar papas como en otro tiempo. En su nombramiento no influye hoy el interés general de la sociedad, sino el interés particular de los individuos y de las familias que buscan en la elección del jefe de la Iglesia destinos y dinero.

»Hoy la Santa Sede tendría cosas inmensas que hacer: la reunión de las sectas disidentes, el afianzamiento de la sociedad europea, etc. Un papa, penetrado del espíritu del siglo, que se colocase á la cabeza de las generaciones ilustradas, podría rejuvenecer el papado; pero estas ideas no pueden penetrar en las viejas cabezas de los cardenales. Llegados al término natural de la vida, se transmiten unos á otros un reinado electivo que espira muy pronto con ellos. Sentados sobre las dobles ruinas de Roma, parece que los papas solo son heridos por el poder de la muerte.

»Estos cardenales habían elegido al cardenal Della Genga (Leon XII) despues de la exclusion del cardenal Severoli, porque creían que iba á morir muy pronto; pero habiendo pensado Della Genga en vivir, esto fue bastante para detestarle cordialmente por semejante equivocacion. Además, Leon XII elegía en los conventos administradores de capacidad; otro motivo de murmuracion para los cardenales. Por otra parte, el papa difunto, mostrándose favorable á los frailes, quería regularidad en los monasterios, y por tanto no se le agradecían sus beneficios. Los ermitaños vagabundos á quienes se arrestaba, los hombres del pueblo á quienes solo se permitía beber de pié en las calles á fin de evitar las ruinas de las tabernas; las alteraciones poco acertadas hechas en la recaudacion de los impuestos; los abusos cometidos por algunos familiares del padre santo, su muerte misma, ocurrida en una época en que hacia perder á los teatros y á los mercaderes de Roma las utilidades de las locuras del carnaval; todo se reunió para hacer anatematizar la memoria de un príncipe digno de un profundo sentimiento. De tal suerte, que en Civita-Vecchia se intentó pegar fuego á las casas de dos hombres que se creía habían merecido el favor del papa.

»Para sucederle, entre muchos de los aspirantes se designan particularmente á cuatro: el cardenal Capellari, jefe de la propaganda; el cardenal Pacca, el cardenal de Gregorio y el cardenal Giustiniani.

»El cardenal Capellari es un hombre docto y capaz. Dícese que será rechazado por los cardenales por ser demasiado jóven, monge, y extraño á los negocios del mundo. Capellari es austriaco, y pasa por obstinado y ardiente en sus opiniones religiosas. Sin embargo, él fue quien, consultado por Leon XII, no vió nada en las ordenanzas del rey que pudiera autorizar la reclamacion de nuestros obispos, él fue quien redactó el concordato de la Côte de Roma con los Países-Bajos; él fue también quien opinó por dar la institucion canónica á los obispos de las repúblicas españolas. Todo esto demuestra en él un espíritu razonable, conciliador y moderado. Todos estos detalles los sé por el cardenal Bernetti, con quien tuve el viernes 13 una de las conferencias que os he comunicado en mi despacho núm. 15.

»Conviene mucho al cuerpo diplomático, y particularmente al embajador de Francia, que el secretario de Estado en Roma sea un hombre de relaciones fáciles y habituado á tratar los negocios de la

Europa. El cardenal Bernetti es el ministro que nos conviene bajo todos aspectos; se ha comprometido por nosotros con los *Zelanti* y los congregacionistas, y debemos desear que sea vuelto á llamar á los negocios por el papa futuro. Yo le he preguntado con cuál de los cuatro cardenales tendría mas probabilidades de volver al poder, y me ha respondido: «Con Capellari.»

»Los cardenales Pacca y de Gregorio están retratados de una manera fiel en el adjunto al núm. 5.º de la correspondencia ya citada; pero el cardenal Pacca se halla hoy muy debilitado por la edad, y su memoria, como la del cardenal mas antiguo, La Somaglia, comienza á faltarle enteramente.

»El cardenal de Gregorio sería también un buen papa. Aunque pertenece á los *Zelanti*, no carece de moderacion, y rechaza á los jesuitas, que aquí, como en Francia, tienen adversarios y enemigos. Aunque súbdito napolitano, el cardenal de Gregorio es rechazado por la Côte de Nápoles, y aun mas por el cardenal Albani, el ejecutor en el cónclave de las justicias del Austria. El cardenal es legado en Bolonia: tiene mas de ochenta años, y está enfermo; hay, pues, algunas probabilidades de que no venga á Roma.

»En fin, el cardenal Giustiniani es el cardenal de la nobleza romana; el cardenal Odescalchi es sobrino suyo, y obtendrá probablemente un número considerable de votos. Pero por otro lado es pobre, y tiene parientes pobres; Roma temería las necesidades de esta indigencia.

»Sabeis, señor conde, todo el mal que el nuncio Giustiniani ha hecho en España, y yo lo sé mejor que nadie por las dificultades que me ha suscitado despues de la libertad del rey Fernando. En el obispado de Imola, que el cardenal gobierna en la actualidad, no ha sido mas moderado; ha resucitado en él los reglamentos de San Luis contra los blasfemos. No es el papa que conviene á nuestra época. Además es un hombre bastante sabio; pero mas propio para los trabajos de gabinete que para la direccion de los negocios. No le creo influido por el Austria.

»Despues de todo, la prevision humana se engaña muchas veces. El hombre cambia al llegar al poder. El cardenal Della Genga, *Zelanti*, ha sido el papa conciliador Leon XII. Quizá se levantará en medio de los cuatro competidores un papa en quien nadie piensa en este momento. Los cardenales Castiglioni, Benvenuti, Galeffi, Arezzo, Gamberini y hasta el anciano y venerable decano del Sacro Colegio, La Somaglia, á pesar de su decrepitud, ó mas bien á causa de ella, aspiran á la silla pontificia. El último tiene alguna esperanza, porque siendo obispo y príncipe de Ostia, su elevacion produciría un movimiento que dejaría cinco altos puestos vacantes.

»Se supone que el combate será muy largo ó muy corto. No habrá combate de sistema como cuando la muerte de Pio VII. Los *cónclavistas* y los *anticónclavistas* han desaparecido enteramente, y esto puede facilitar mucho la elección. Pero si no hay combate de sistema, habrá luchas personales entre los pretendientes que reúnan un cierto número de votos, y como solo se necesita una tercera parte, mas uno, de los votos del cónclave para pronunciar la *exclusiva*, que no debe confundirse con el derecho de exclusion, el escrutinio entre los candidatos podrá prolongarse.

»¿Quiere la Francia ejercer el derecho de *exclusion* que comparte con el Austria y la España? El Austria lo ha ejercido en el cónclave anterior, contra Severoli, por medio del cardenal Albani. ¿Contra quién querría la corona de Francia ejercer este derecho? ¿Contra el cardenal Fesch, si por acaso se pensase en él, ó contra el cardenal Giustiniani? ¿Merecería este la pena de dirigir contra él este voto,

un poco odioso siempre, por cuanto dificulta la independencia de la elección?

»¿A qué cardenal quiere el gobierno del rey confiar el ejercicio de su derecho de exclusion? ¿Quiere que el embajador de Francia aparezca armado con el secreto de su gobierno, y dispuesto á atacar la elección del cónclave si desagradase á Carlos X? En fin, ¿tiene el gobierno alguna elección predilecta? ¿Quiere prestar su apoyo á tal ó cual cardenal? Ciertamente que si todos los cardenales de familia; es decir, los cardenales españoles, napolitanos y aun piamonteses, quisiesen unir sus votos á los de los cardenales franceses, nosotros obtendríamos el triunfo en el cónclave; pero estas reuniones son quimeras, pues los cardenales de las diversas córtes, mas bien que nuestros amigos, son nuestros enemigos.

»Se asegura que el primado de Hungría y el arzobispo de Milan vendrán al cónclave. El embajador de Austria en Roma, el conde Lulzow, manifiesta muy buenas disposiciones acerca del carácter conciliador que debe tener el futuro papa. Esperemos las instrucciones de Viena.

»Por lo demás, yo estoy persuadido de que todos los embajadores de la tierra no influyen hoy nada en la elección del soberano pontífice, y de que somos enteramente inútiles en Roma. Yo no veo tampoco ningun interés en acelerar ó retardar (lo que por otra parte no está en el poder de nadie) las operaciones del cónclave. Que los cardenales extraños á la Italia asistan ó no asistan á este cónclave, puede convenir mas ó menos á la dignidad de sus córtes; pero no tiene el menor interés en el resultado de la elección. Si hubiese algunos millones que distribuir, aun se podría hacer un papa á gusto de una nacion: yo no veo hoy mas que este medio; pero no es de uso en Francia.

»En mis instrucciones confidenciales á Mr. el duque de Laval (13 de setiembre de 1823), yo le decía: «Pedimos que se eleve al trono pontificio un prelado distinguido por su piedad y sus virtudes. Solo deseamos que sea bastante ilustrado y de un espíritu bastante conciliador para que pueda juzgar razonablemente la posicion política de los gobiernos, y no los envuelva en dificultades irresolubles, tan funestas para la Iglesia como para el trono. Queremos un miembro del partido italiano *Zelanti* moderado, que sea bien recibido por todos los partidos. Todo lo que le pedimos, en nuestro interés, es que no trate de aprovecharse de las divisiones que pueden formarse en nuestro clero para desconcertar nuestros asuntos eclesiásticos.»

»En otra carta confidencial, escrita con motivo de la enfermedad del nuevo papa Della Genga el 28 de enero de 1824, yo decía también á Mr. el duque de Laval: «Lo que nos importa obtener (imponiendo un nuevo cónclave) es que el papa sea por inclinacion independiente de las demás potencias, que tenga principios de sabiduría y moderacion, y que sea amigo de la Francia.»

»Como embajador, señor conde, ¿debo hoy seguir el espíritu de estas instrucciones que daba yo como ministro?

»Este despacho contiene todo lo que hay que decir en la cuestion. Ya solo me resta instruir al rey sucintamente de las operaciones del cónclave y de los accidentes que ocurran; ya no se tratará mas que del cómputo de los votos y de la variacion de los sufragios.

»Los cardenales favorables á los jesuitas, son: Giustiniani, Odescalchi, Pedicini, y Bertazzoli.

»Los cardenales opuestos á los jesuitas por diversas causas y diferentes circunstancias, son: Zurlo, de Gregorio, Bernetti, Capellari y Micara.

»Se cree que de cincuenta y ocho cardenales solo asistirán al cónclave cuarenta y ocho ó cuarenta y

nueve. En este caso, treinta y tres ó treinta y cuatro votos harían la elección.

»El ministro de España, señor de Labrador, hombre reservado y oscuro, á quien yo creo ligero bajo su exterior de gravedad, se halla muy embarazado de su posicion. Las instrucciones de su Côte no han previsto nada: en tal sentido ha escrito al encargado de negocios de S. M. C. en Luca.

»Tengo el honor etc.

»P. D. El cardenal Benvenuti tiene asegurados doce votos, segun se dice. Esta elección, si llegara á obtenerse, sería muy buena. Benvenuti conoce la Europa, y ha demostrado capacidad y moderacion en diversos empleos.»

## CÓNCLAVES.

Pues que el cónclave va á abrirse, quiero trazar rápidamente la historia de esta gran ley electoral que cuenta ya mas de mil ochocientos años de duracion. ¿De dónde provienen los papas? ¿Cómo han sido elegidos de siglo en siglo?

Hacia el tiempo de Augusto, en el momento en que la libertad, la igualdad y la república acababan de espirar, nacia en Belen el tribuno universal de los pueblos, el gran representante sobre la tierra de la igualdad, de la libertad y de la república, el Cristo que despues de haber plantado la cruz para servir de límite á dos mundos, despues de haberse hecho clavar en esta cruz, y de morir en ella, símbolo, víctima y redentor de los sufrimientos humanos, trasmirió su poder á su primer apóstol. La sociedad desde Adam hasta Jesucristo es la sociedad con esclavos, con la desigualdad de los hombres entre sí; la sociedad, desde Jesucristo hasta nuestros dias, es la sociedad con la igualdad de los hombres entre sí, la igualdad social del hombre y de la mujer, la sociedad sin esclavos, ó sin el principio de esclavitud al menos. La historia de la sociedad moderna comienza al pié y por este lado de la cruz.

Pedro, obispo de Roma, inició el papado. Tribunos-dictadores, sucesivamente elegidos por el pueblo, y la mayor parte de las veces escogidos entre las clases mas oscuras del pueblo, los papas debieron su poder temporal al régimen democrático, á la nueva sociedad de hermanos que habia venido á fundar Jesús de Nazareth, obrero, fabricante de yugos y arados, nacido de una mujer segun la carne, y sin embargo, Dios é hijo de Dios, como lo prueban sus obras.

Los papas recibieron la mision de vindicar y mantener los derechos del hombre; jefes de la opinion humana, aunque débiles, obtuvieron la fuerza de destronar á los reyes con una palabra y con una idea. Todos sus soldados consistían en un plebeyo, con la cabeza cubierta por una capucha, y armada la mano de una cruz. El papado, marchando á la cabeza de la civilizacion, se adelantó hacia el término de la sociedad. Los cristianos de todas las regiones del globo obedecieron á un sacerdote cuyo nombre apenas conocían, porque este sacerdote era la personificacion de una verdad fundamental. El representaba en Europa la independencia política destruida en todas partes; él fue en el mundo gótico el defensor de las libertades populares, llegó á ser, como en el mundo moderno, el restaurador de las ciencias, de las letras y de las artes. El pueblo se alistó en sus milicias bajo el hábito de un fraile mendicante.

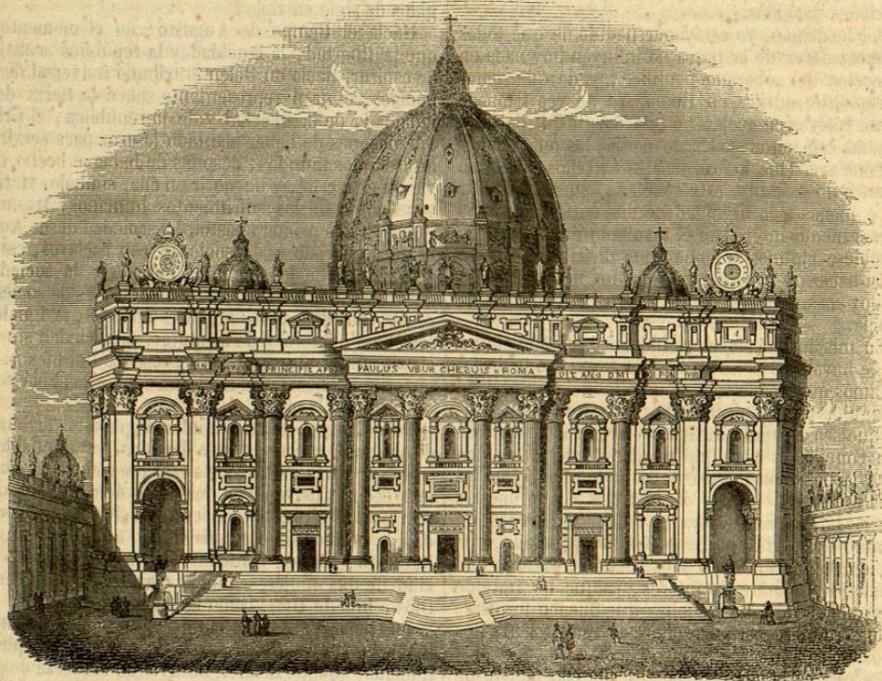
La disputa del imperio y del sacerdocio en la edad media es la lucha de los dos principios sociales; la lucha del poder y de la libertad. Los papas, favoreciendo á los Güelfos, se declaraban por los gobiernos de los pueblos; los emperadores, adoptando á los Gibelinos, tendían al gobierno de los nobles: este era precisamente el papel que habian representado en la Grecia los atenienses y los espartanos. Así, cuando

los papas se declararon en favor de los reyes; cuando se hicieron Gibelinos, perdieron su poder, porque se apartaron de su principio natural, como por una razón opuesta, y sin embargo análoga, los frailes han visto disminuirse su autoridad cuando se ha restituido directamente su libertad política á los pueblos, porque estos no han tenido ya necesidad de ser reemplazados por los frailes, sus representantes.

Estos tronos declarados vacantes, y conferidos al primer ocupante, en la edad media; esos emperadores que venían de rodillas á implorar el perdón de un pontífice; esos reinos puestos en entredicho; una nación entera privada del culto por una palabra má-

gica; esos soberanos anatematizados, y abandonados no solo de sus vasallos, sino también de sus servidores y de sus más próximos parientes; esos príncipes, de quienes se huía como se huía de un leproso, separados de la raza mortal y esperando su separación de la raza eterna; los alimentos que habían gustado, los vestidos que sus manos habían tocado, quemados en las llamas como cosas contagiosas; todo eso no era otra cosa que los esfuerzos de la soberanía popular delegada á la religión y ejercida por ella.

La ley electoral más antigua del mundo es la ley en virtud de la cual el poder pontificio ha sido transmitido al sacerdote que lleva hoy la tiara: de este



LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA.

sacerdote, subido de papa en papa hasta los santos inmediatos á Cristo, y hallareis que el primer anillo de la cadena pontificia es un Dios. Los obispos eran elegidos por la asamblea general de los fieles: desde los tiempos de Tertuliano el obispo de Roma es llamado el obispo de los obispos. El clero, por formar parte del pueblo, concurría á la elección. Como en todas partes dominan las pasiones; como ellas deterioran las más bellas instituciones y falsean los más virtuosos caracteres, á medida que se aumentó el poder papal, se intentó extenderlo más, y de las rivalidades humanas surgieron grandes desórdenes. En Roma pagana habían estallado semejantes turbulencias en

la elección de los tribunos: de los dos Gracos, el uno fue arrojado al Tíber; el otro muerto á puñaladas por un esclavo en un bosque consagrado á las furias. El nombramiento del papa Dámaso en 336 produjo una riña sangrienta, de resultados de la cual perecieron ciento treinta y siete personas en la Basílica Siciniana, hoy Santa María la Mayor.

San Gregorio fue elegido papa por el clero, el Senado y el pueblo romano. Todo cristiano podía abtener la tiara. Leon IV fue promovido al soberano pontificado el 12 de abril de 847 para defender á Roma contra los sarracenos, y su ordenación fue diferida hasta que hubiese dado pruebas de su valor. Otro

tanto sucedía á los demás obispos. Simplicio subió á la silla de Bourges siendo lego. Hoy mismo, aunque generalmente se ignora, la elección del cónclave podría recaer en un lego, á pesar de ser casado. En tal caso su mujer entraría en un convento, y él recibiría con el papado todas las órdenes eclesiásticas.

Los emperadores griegos y latinos quisieron oprimir la libertad de la elección papal popular, la usurparon algunas veces, y exigieron otras que esta elección fuese al menos confirmada por ellos. Un decreto de Luis el Bondadoso restituye su libertad primitiva á la elección de los obispos, que se verifica, según un tratado del mismo tiempo, por el consentimiento unánime del clero y del pueblo.

Los inconvenientes de una elección proclamada por las masas populares, ó dictada por los emperadores, obligaron á hacer cambios en la ley. Había en Roma sacerdotes y diáconos llamados cardenales, y el papa Nicolás II, en un concilio celebrado en Roma en 1059, hizo decretar que los cardenales serían los únicos electores del papa, y que el pueblo y el clero ratificarían su elección. Ciento veinte años después el concilio de Letran desterró la formalidad de la ratificación por el clero y por el pueblo, declarando válida la elección hecha por una mayoría de las dos terceras partes de los votos de la asamblea de cardenales.

Pero como el cánón del concilio no fijaba la dura-



PIO VIII.

ción ni la forma de este colegio electoral, sucedió que la discordia se introdujo en los electores, sin que en la nueva modificación de la ley hubiese ningún medio de hacer cesar esta discordia. En 1258, después de la muerte de Clemente IV, los cardenales reunidos en Viterbo no pudieron entenderse, y la Santa Sede quedó vacante por espacio de dos años. El podestá y el pueblo se vieron obligados á encerrar á los cardenales en su palacio, y aun, se dice, á tapiar sus ventanas, para obligar á los electores á convenir en una elección. Del escrutinio salió al fin electo Gregorio X, quien para remediar en lo sucesivo tal inconveniente estableció el cónclave, *Cum Clave (bajo llave)*, y arregló las disposiciones interiores de este cónclave

tales como existen hoy, con corta diferencia: celdas separadas para cada cardenal, cámara común para el escrutinio, y cerradas las ventanas exteriores, desde una de las cuales se proclama la elección, demoliendo la tapia que la cubre. El concilio celebrado en Lion en 1720 confirma y mejora estas disposiciones. Un artículo de este reglamento ha caído sin embargo en desuso: aquel en que se disponía que si después de tres días de encierro no se hubiese hecho la elección del papa, durante los cinco días siguientes los cardenales no tendrían en su comida más que un solo plato, y pasados, solo pan, vino y agua, hasta la elección del soberano pontífice.

Hoy no es limitada la duración del cónclave, ni se

castiga con la dieta á los cardenales como á niños penitenciados. Su comida se la traen de fuera, colocada en bandejas llevadas en angarillas y acompañada de lacayos con librea; un dapifero sigue el convoy con la espada al lado y arrastrado por caballos acaparazonados en la carroza del cardenal recluso. Cuando la comida llega al cónclave, se registra la pechuga de los pollos, se escudriñan los pasteles, se hacen cascotes las naranjas, y se destapan las botellas, por temor de que se oculte algún papa en cualquiera de estas cosas. Si la comida es suntuosa, el pobre hambriento que la ve pasar la compara con la suya, y murmura. Si la comida es miserable, por otra debilidad de la naturaleza, el indigente se burla de ella y desprecia la púrpura romana. Se haría bien en abolir este uso, que no es ya de la época; el cristianismo se ha remontado á su origen, ha vuelto al tiempo de la cena y de los peces, y solo el luto debe presidir hoy tales festines.

Las intrigas del cónclave son célebres; algunas tuvieron á veces consecuencias funestas. Durante el cisma de Occidente, se vió á diferentes papas y antipapas maldecirse y excomulgarse desde lo alto de las murallas ruinosas de Roma. Este cisma parecía próximo á cesar, cuando Pedro de Luna lo reanimó en 1304 por una intriga del cónclave reunido en Avignon. Alejandro VI compró en 1492 los sufragios de veinte y dos cardenales que le prostituyeron la tiara. Sisto V no necesitó mas intrigas que sus muletas, y cuando fue papa, su genio no tuvo ya necesidad de tal apoyo. Yo he visto en una villa de Roma un retrato de la hermana de Sisto V, mujer del pueblo, á quien el terrible pontífice, en su orgullo plebeyo, se complació en hacer pintar.—«Las primeras armas de nuestra casa, decía este á su hermana, son los andrajos (lambels).»

Era aun el tiempo en que algunos soberanos dictaban órdenes al Sacro Colegio. Felipe II hacia entrar al cónclave algunos billetes de este tenor: *S. M. no quiere que N. sea papa; S. M. quiere que lo sea N.* Después de esta época las intrigas de los cónclaves apenas son otra cosa que agitaciones sin resultados generales. Perron y de Ossat obtuvieron sin embargo la reconciliación de Enrique IV con la Santa Sede, que fue un gran acontecimiento. Las embajadas de Perron son muy inferiores á las cartas de Ossat. Antes que ellos, Bellay habia estado á punto de impedir el cisma de Enrique VIII. Habiendo obtenido de este tirano, antes de su separación de la Iglesia, que se sometiese al juicio de la Santa Sede, llegó á Roma en el momento en que iba á pronunciarse la condenación de Enrique VIII. Pidió y obtuvo un plazo para enviar un hombre de confianza á Inglaterra; pero á causa de los malos caminos, se retardó la respuesta. Los partidarios de Carlos V hicieron pronunciar la sentencia dos días antes de la llegada del portador de los poderes de Enrique VIII. El retardo de un correo ha hecho á la Inglaterra protestante y cambiado la faz política de la Europa. Los destinos del mundo no dependen de causas mas poderosas. Una copa demasiado grande vaciada en Babilonia fue causa de la muerte de Alejandro.

Viene en seguida el tiempo de Olimpio, en que el cardenal de Retz, en el cónclave después de la muerte de Inocencio X, se alistó en el *escuadrón volante*, nombre que se daba á la fracción de diez cardenales independientes; estos cardenales llevaban consigo á Sachetti, que no era bueno *mas que para pintar*, para hacer pasar á Alejandro VII, *sabio col silencio*, y que una vez nombrado papa se halló no ser gran cosa.

El presidente de Bosses cuenta la muerte de Clemente XII, de que fue testigo, y la elección Benito XIV, como yo he visto al pontífice Leon XII, exánime sobre su lecho abandonado; según costumbre, el

cardenal camarlengo habia dado dos ó tres golpes en la frente con un martillo á Clemente XII, llamándole por su nombre de *Lorenzo Corsini*: «No respondió nada, dice de Bosses;» y añade: *Ved aquí en lo que consiste que vuestra hija esté muda.* Y ved aquí, digo yo, como se trataban en aquellos tiempos las cosas mas graves: un papa muerto, en cuya cabeza se dan golpes como en la puerta del entendimiento, llamando al hombre exánime y mudo por su nombre, podía á mi parecer inspirar á cualquiera que presenciase este acto otra cosa que una burla, aunque esta burla fuese tomada de Moliere. ¿Qué habria dicho el ligero magistrado de Dijon si Clemente XII le hubiese respondido desde las profundidades de la eternidad:—«¿Qué me quieres?»

El presidente de Bosses envía á su amigo el abate Courtois una lista de los cardenales del cónclave, con algunas palabras en su honor.

Guadaqui, santurron, camandulero, sin talento y sin gusto; un pobre fraile.

Aguaviva de Aragon, figura noble y un poco crasa; el talento como la figura.

Ottoboni, sin costumbres, sin crédito, disipador, arruinado, aficionado á las artes.

Alberoni, fogoso, inquieto, desconsiderado, sin costumbres, sin decencia y sin juicio: según él, un cardenal es un... vestido de encarnado.

La lista continúa del mismo modo: el cinismo es todo su ingenio.

Una bufonada singular tuvo lugar después de la muerte del papa Clemente XII. De Bosses fué á comer con unos ingleses á la puerta de San Pancracio, y se representó una parodia de la elección de un papa; sir Ashewd se quitó su peluca, y figuró al cardenal decano; se cantó el *Oremus*, y el cardenal Alberoni resultó elegido en el escrutinio de esta orgía. Los soldados protestantes del ejército del condestable de Borbon nombraron papa en la iglesia de San Pedro á Martin Lutero. Los ingleses, que son hoy la llaga y la Providencia de Roma, respetan el culto católico que les ha permitido levantar un púlpito fuera de la puerta del Pópulo. El gobierno y las costumbres no sufrirían hoy semejante escándalo.

En el momento en que un cardenal queda prisionero en el cónclave, lo primero que hace es ponerse él y sus criados á horadar durante la oscuridad las paredes de su celda, recién compuestas, hasta que hacen un agujerito, por medio del cual se dirigen avisos durante la noche de dentro á fuera y de á fuera á dentro. Por lo demás, el cardenal de Retz, cuya opinión no es sospechosa, después de haber hablado de las miserias del cónclave de que formó parte, termina su relación con estas bellas palabras:

«Se vivió allí (en el cónclave) siempre en comun, con el mismo respeto y la misma cortesía que se guarda en los gabinetes de los reyes; con la misma política que se usaba en la corte de Enrique III; con la misma familiaridad que se ve en los colegios; con la misma modestia que se nota en los noviciados, y con la misma caridad, en apariencia al menos, que podría haber entre dos hermanos perfectamente unidos.»

Al acabar el epitome de una inmensa historia, me sorprende la manera grave con que comienza y la manera casi burlesca con que termina; la grandeza del hijo de Dios abre la escena, y achicándose por grados á medida que la religión católica se separa de su origen, termina en la pequeñez del hijo de Adán. La elevación primitiva de la cruz apenas se halla mas que en la muerte del soberano pontífice, ese papa, sin familia, sin amigos, y cuyo cadáver se deja sobre su cama, demuestra que el hombre no era tenido en nada en la capital del mundo evangélico. Como prin-

cipe temporal, se hacen al papa difunto honores fúnebres; como hombre, se abandona su cuerpo y se echa á la puerta de la iglesia en que en otro tiempo hacia penitencia el pecador.

## DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 17 de febrero de 1829.

«Señor conde: Ignoro si el rey tendrá á bien enviar un embajador extraordinario á Roma, ó acreditarme cerca del Sacro Colegio. Para este último caso, tengo el honor de decirlos que yo libré á monsieur el duque de Laval, en 1823, para los gastos extraordinarios del servicio en semejante circunstancia, una suma de cuarenta á cincuenta mil francos próximamente, si mal no recuerdo. El conde de Apponi, embajador de Austria, recibió desde luego de su corte una suma de treinta y ocho mil francos para las primeras atenciones, y un aumento de siete mil doscientos francos por mes sobre su sueldo durante la permanencia del cónclave, y para gastos de regalos, cancellería, etc., cien mil francos. Yo no tengo, señor conde, la pretension de luchar en magnificencia con el embajador de Austria, como lo hizo el duque de Laval; yo no alquilaré ni caballos, ni carruajes, ni libreas para deslumbrar al populacho de Roma: el rey de Francia es bastante poderoso para pagar la pompa de sus embajadores, si se quiere que la haya; pero la magnificencia prestada es verdadera miseria. Yo iré, pues, modestamente al cónclave con mis dependientes y carruajes ordinarios. Queda solo por saber si S. M. creará que, interin dure el cónclave, me veré obligado á hacer gastos de representación á que no pueda bastar mi sueldo. Yo no pido nada; no hago mas que someter una cuestión á vuestro juicio y á la decision real.

«Tengo el honor, etc.»

## DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 19 de febrero de 1829.

«Señor conde: He tenido el honor de ser presentado ayer al Sacro Colegio, y pronunciar el pequeño discurso de que os envié copia anticipadamente en mi despacho núm. 17, expedido el martes 17 del corriente por un correo extraordinario. He sido escuchado con muestras de satisfaccion del mejor agüero, y el cardenal decano, el venerable Della Somaglia, me contestó en los términos mas afectuosos para el rey y para la Francia.

«Habiéndome enviado todo en mi último despacho, nada nuevo tengo que decirlos hoy, sino que el cardenal Bussi ha llegado ayer á Benevento: hoy se aguarda á los cardenales Albani, Macchi y Opizoni.

«Los miembros del Sacro Colegio se encerraron en el palacio Quirinal en la tarde del lunes 23 del corriente. En seguida trascurrirán diez días para aguardar á los cardenales extranjeros, después de lo cual principiarán las operaciones formales del cónclave, y si llegaran á ponerse de acuerdo, podría quedar elegido el papa en la primera semana de cuatresma.

«Aguardo, señor conde, las órdenes del rey. Supongo que me habeis enviado un correo después de la llegada de Mr. de Montebello á París. Urge que yo reciba, ó el anuncio de un embajador extraordinario, ó mis nuevas credenciales, con las instrucciones del gobierno.

«¿Vendrán los cinco cardenales franceses? Políticamente hablando, su presencia aquí es muy poco necesaria. He escrito al cardenal monseñor de Latil

ofreciéndole mis servicios en el caso de que se decidiese á venir.

«Tengo el honor, etc.

«P. D. Adjunta remito copia de una carta que me ha escrito el conde de Funchal. No he contestado por escrito á dicho embajador, y únicamente he ido á conferenciar con él.»

## A Mad. Recamier.

«Roma lunes 25 de febrero de 1829.

«Ayer han terminado les exequias del papa. La pirámide de *papel* y los cuatro candelabros eran bastante bellos porque eran de inmensas proporciones y llegaban á la cornisa de la iglesia. El último *Dies iræ* fue admirable. Es composición de un hombre desconocido que pertenece á la capilla del papa y que me parece tener un genio de especie diferente al de Rossini. Hoy pasamos de la tristeza á la alegría, cantando el *Veni creator* para la apertura del cónclave; luego iremos á ver todas las tardes si se han quemado los escrutinios y si sale humo de cierta estufa: el día en que no salga humo será nombrado el papa, é iré á buscarlos: allí teneis toda la esencia de mi asunto. El discurso del rey de Inglaterra es muy insolente para la Francia. ¿Qué deplorable expedición ha sido la de Morea! ¿Se principia ya á conocerlo? El general Guilleminot me ha escrito una carta sobre el particular que me ha hecho reír: no ha podido escribirme de esa manera sino en la persuasión de que voy á ser ministro.»

«25 de febrero.

«La muerte reina aquí: Torlonia marchó ayer tarde, después de dos días de enfermedad: le he visto muy barnizado sobre su lecho mortuario, con la espada al lado. Prestaba sobre prendas, ¡pero qué prendas! sobre antigüedades, sobre cuadros encerrados confusamente en un antiguo palacio lleno de polvo. No es ese el almacén donde el avaro guardaba un *laud de Bolonia provisto de todas sus cuerdas ó poco menos, la piel de un lagarto de tres pies y su cama de cuatro pies con bandas de punto de Hungría.*

«No se ven mas que difuntos á quienes pasean vestidos por las calles: regularmente pasa uno por bajo de mis ventanas, cuando nos ponemos á comer á la mesa. Por lo demás, todo anuncia la separación de la primavera: la gente principia á dispersarse; marchando á Nápoles, de donde volverá por un momento para Semana Santa, se separará después para siempre. El año próximo vendrán otros viajeros, otros semblantes, otra sociedad. Hay algo de triste en ese paso sobre ruinas: los romanos son como los escombros de su ciudad: el mundo pasa á sus pies. Me estoy figurando á esas personas volviendo al seno de sus familias, en los diferentes países de Europa, á esas jóvenes *misses* regresando entre sus nieblas. Si por casualidad dentro de treinta años alguna de ellas vuelve á Italia, ¿quién se acordará de haberla visto en los palacios, cuyos dueños ya no existirán? San Pedro y el Coliseo; eso es cuanto ella misma podría reconocer.»

## DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 5 de marzo de 1829.

«Señor conde: Habiendo llegado mi primer correo á Lion el 14 del mes pasado á las nueve de la noche, habeis podido saber el 15 por la mañana por el telégrafo la muerte del papa. Nos hallamos hoy á 3 de marzo, y me encuentro aun sin instrucciones y sin respuesta oficial. Los diarios han anunciado la marcha de dos ó tres cardenales. Tengo escrito á